



# **LAS PERSONAS MAYORES QUE VIENEN**

## **Autonomía, Solidaridad y Participación social**

**Capítulo 6**

**Colección**  
**Estudios de la Fundación, N°1**



Colección  
**Estudios de la Fundación**

La investigación cuyos resultados se contienen en esta obra se ha elaborado y se enmarca en el año europeo del envejecimiento activo celebrado en 2012. El objetivo fundamental de la misma ha consistido en explorar el potencial de participación social del grupo de personas con edades entre los 50 y 69 en España, es decir, de un amplio grupo de población formado por más de diez millones de personas situadas en la franja de edad que comprende los últimos años de vida laboral activa y los primeros después de la jubilación.

Coincidimos, así, con algunos estudios que analizan el fenómeno del envejecimiento según el modelo de ciclo vital, como el longitudinal SHARE, y también los que se realizan por la Comisión Europea, si bien éstos últimos suelen arrancar de la edad de 55 años. Para los objetivos de nuestro estudio hemos considerado clave conocer y analizar mejor el grupo de población desde los años previos a la edad de jubilación y detectar así pautas actuales y potenciales de participación social que puedan ser indicativas de comportamientos participativos futuros cuando todo el grupo analizado forme parte del grupo “oficial” de personas mayores por haber superado ya todos sus integrantes los 65 años de edad.

Una característica que afecta de manera singular a la población estudiada es la derivada de los procesos de desregularización que vienen operando en el mercado laboral en las últimas décadas, y comienzan a dejar su huella en sus trayectorias laborales; bien sea bajo fórmulas que gozan de cierto grado de aceptación social, como son la prejubilaciones, o en forma de acuciante problema social como es el desempleo, que en la población estudiada por nosotros afecta a un 10%. Nos encontramos, por tanto, ante un panorama en el que las situaciones en relación con la actividad se

complejizan y diversifican, reforzando así la idea de que el análisis habitual que se realiza solo entre quienes han superado la edad de 65 años resulta insuficiente para conocer cómo se experimenta el proceso de envejecimiento individual, el tránsito a la jubilación y la implicación en actividades de participación social.

Aquí se concibe la participación en un sentido amplio, de acuerdo con la propia filosofía de la OMS y de Unión Europea sobre el envejecimiento activo, es decir, como participación de las personas en los cuidados familiares, en actividades relacionadas con el desarrollo personal (nuevos aprendizajes y actividades de ocio y cultura) y en la participación económica y acción solidaria y cívica, si bien hemos intentado dar prioridad a este último ámbito por su importancia en el fortalecimiento de la sociedad civil y su relevancia en el diseño de las políticas públicas de participación y voluntariado. Entendemos, en la senda de la Unión Europea, que el envejecimiento activo, es decir, el restringido al desarrollo de los tres ámbitos de la participación mencionados, es un factor estructural en el mantenimiento y desarrollo de la solidaridad intergeneracional. En este sentido, si el tiempo de cuidados contribuye a la función de reproducción de la sociedad y el tiempo de ocio y cultura a la función de consumo y de mantenimiento del capital humano, el tiempo de participación en acciones de voluntariado y de desarrollo cívico contribuye al fortalecimiento de la sociedad civil y de nuestro capital social, la cohesión social y la legitimación política.

Como primera aproximación, sabemos que las actividades de ocio, consumo y cultura representan el tiempo por excelencia de las personas jubiladas mientras que el tiempo de cuidados está en función de distintas circunstancias familiares y, por su parte, el tiempo de participación cívica suele depender de la combinación de la trayectoria vital, del tiempo

disponible, del nivel de estudios y del estado de salud.

Este enfoque amplio de participación social es recogido en la investigación que hemos desarrollado mediante un análisis de las opiniones y actitudes tanto de las personas mayores de 65 años y hasta los 69, como de aquéllas entre 50 y 64 años que se jubilarán entre hoy y el año 2027 (o que en ese mismo período irán llegando a la edad de ser incluidos en el grupo oficial de mayores), con el objetivo de captar tendencias en los tres ámbitos de participación que aquí exploramos. Es decir, consideramos la experiencia, percepciones, y expectativas de tres segmentos de población que vinieron al mundo durante el pasado siglo en momentos sociohistóricos bien diferentes: los nacidos en la década de los años sesenta (hoy están en torno a los 50 años), los que lo hicieron a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta (su edad actual está alrededor de los 60 años) y, finalmente, los nacidos en los primeros años cuarenta (que ya han superado los 65 años de edad).

Para explorar y analizar la participación social tal como la hemos definido, nos hemos basado en una encuesta que hemos aplicado a una muestra aleatoria estratificada a nivel de Estado de 1.001 personas comprendidas entre los 50 y 69 años de edad. El trabajo de campo se realizó en junio de 2012. Los resultados de esta investigación cuantitativa han sido complementados con una amplia revisión bibliográfica y con el estudio y análisis de fuentes secundarias.

Hemos enmarcado los resultados de la investigación en la evolución reciente del envejecimiento poblacional en España en su doble dimensión sociodemográfica (estructura y dinámica del envejecimiento) e institucional (el desarrollo de las políticas europeas y españolas de apoyo al envejecimiento activo), y bajo este doble contexto hemos desarrollado nuestro estudio sobre las personas entre 50 y 69 años mediante la

descripción y el análisis de diferentes dimensiones, que se detallan a continuación:

- a) Su relación con la actividad laboral así como sus opiniones, expectativas e itinerarios que siguen en el proceso de adaptación a la jubilación, así como los significados que otorgan a la edad en la que se encuentran;
- b) Su aportación en diferentes tipos de apoyo a la familia tanto los de índole económica como los cuidados que prestan a personas en situación de dependencia y a los nietos;
- c) Cómo organizan y utilizan su tiempo libre y qué percepciones tienen sobre las diferentes actividades que realizan o podrían desarrollar: la preparación para la jubilación, el ocio, la formación, la asistencia y valoración de los centros sociales y su incorporación al mundo de las TIC;
- d) Su grado de participación social organizada a través de asociaciones o actividades de altruismo cultural, social o cívico, así como sus opiniones ante la política y la responsabilidad que supone la gestión de intereses colectivos.

Partiendo de esta estructura, resumimos a continuación los principales resultados obtenidos, a la vez que señalamos algunas de las limitaciones en el conocimiento que se plantean en un estudio exploratorio como el que hemos desarrollado. Y al hilo de esta descripción sumaria vamos sugiriendo tentativamente una serie de recomendaciones que se pueden deducir de esos resultados y de nuestro análisis de los mismos en la confianza de que puedan servir de orientación para el diseño de políticas públicas y de líneas de actuación en el trabajo profesional o asociativo

dirigidas a promover un mejor conocimiento de las claves que conviene tener en cuenta a la hora de planificar acciones dirigidas a alcanzar el mayor desarrollo personal y, al tiempo, cotas más altas de participación cívica y solidaria.

### ***A) Trabajo y jubilación. Percepciones sobre la nueva etapa vital***

La edad y el sexo aparecen como dos variables clave a la hora de dibujar el mapa de percepciones sobre el trabajo y la jubilación. Los 65 años delimitan una frontera tras la cual la situación de los varones se torna casi homogénea (93% se concentran en la categoría de jubilados) mientras que la de las mujeres se dirime entre jubilación (38,3%) y otros tipos de actividad (54,2%) fruto este último indicador de una dedicación exclusiva a las tareas reproductivas o de la participación informal en el mercado. A este respecto, cabe señalar que si bien las mujeres continúan registrando tasas de actividad inferiores a las de los hombres, la diferencia es mucho menor que apenas 10 años atrás. Pero entre la población de 50 a 64 años la ocupación no tiene el protagonismo que cabría esperar, y encontramos así un 28% de personas apartadas del mercado laboral de manera prematura (14,2% prejubiladas, y 13,7% desempleadas).

Consideramos que el cambio producido en la participación en el empleo de las mujeres de estos grupos de edad resulta esencial a la hora de dibujar tendencias de futuro de la población mayor, especialmente en cuanto a la implicación femenina en actividades de participación social.

Otro de los indicadores que consideramos señala tendencias de cambio clave en la caracterización futura de la población mayor y que está modificando el perfil de las cohortes de edad que van llegando a la jubilación es el relativo al nivel de estudios: si el porcentaje de la población

de 55 a 69 años que tenía estudios secundarios y superiores en 2001 era del 25%, ese porcentaje se ha más que duplicado en 2011 (58%). Y con una extensión y mejora de la formación tan llamativa, las expectativas y exigencias de autonomía, calidad de vida y participación aumentan potencialmente, aunque su desarrollo dependerá de la movilización de la sociedad, de la adecuación de la oferta que se genere en ámbitos participativos y del papel de las políticas públicas.

Desde esta diversidad de situaciones, resulta obvio que la jubilación cobra significados también distintos. Para quienes la jubilación es un hecho, suele significar una oportunidad de “dedicar el tiempo a lo que se quiere” (o por lo menos así lo manifiesta un 67% de las personas jubiladas y prejubiladas). También la imaginan así buena parte de quienes tienen un trabajo (60% de las personas ocupadas). Pero esta visión positiva es mucho menos frecuente entre quienes se encuentran en situación de desempleo (34%); la precariedad de su situación y cómo ésta pueda afectar a su jubilación seguramente motiva que el 44% piense que será una etapa difícil.

No obstante, son mayoría las personas que consideran que la jubilación es una liberación de la disciplina laboral y, al mismo tiempo, una oportunidad para organizar libremente el tiempo. De hecho, gran parte de las personas que están en activo que hemos encuestado (62%) no quiere extender la vida laboral y afronta la jubilación (bien como futurible, bien como realidad) como un tiempo de mayor libertad para invertirlo en función de los intereses personales. Sin embargo, seguir trabajando después de los 65 años es atractivo para una minoría (no pequeña ya que es casi la quinta parte), sobre todo si se pudiera compatibilizar la percepción de un salario con una pensión de jubilación.

¿ Hasta cuándo debe trabajarse más allá de los 65 años?. Constatamos

que un 51% está de acuerdo en que hay que seguir haciéndolo, desagregándose ese porcentaje en opiniones como «mientras se tenga algo que aportar» (29%), o «hasta que el cuerpo aguante» (14%), o si «la sociedad lo ve útil» (8%).

Pero es un dato revelador de la precaria situación del empleo en España el hecho de que solo un 40% de la población que tiene entre 50 y 69 años esté ocupada laboralmente, lo que sin duda plantea la necesidad de implantar medidas a favor de una más amplia participación laboral en estas cohortes de edad. En este sentido, estudios de la Unión Europea muestran la existencia de barreras que la población percibe están dificultando la permanencia y el retiro gradual del trabajo, como es la exclusión de la formación que se practica entre los trabajadores mayores (71% en el conjunto de la UE y 75% en España) y la mala imagen de éstos que tienen los empresarios (70% en UE y 71% en España). Asimismo, algunos otros resultados de la investigación social que hemos presentado se relacionan con los aspectos que conviene tener en cuenta en las políticas de apoyo a la permanencia en el empleo por haberse revelado predictores de la decisión de continuar trabajando: la calidad del empleo, la satisfacción subjetiva de los trabajadores y mantener la formación adecuada para el puesto.

Una de las modalidades de participación en el mercado laboral después de haberse producido la jubilación (ampliada en España hasta los 67 años) es poder hacerlo en jornada reducida compatibilizando pensión y salario, como ocurre en otros países de Europa.

En este sentido, cabe recomendar que en las políticas de empleo-jubilación se establezca la posibilidad de que pueda compatibilizarse pensión y salario con el fin de estimular la continuidad en el empleo de las personas que lo deseen más allá de la edad reglamentaria de jubilación. Y

paralelamente, que se avance en la incorporación de criterios de flexibilidad que permitan a las personas complementar el trabajo con períodos de retiro voluntario para la crianza, los cuidados familiares o los estudios, con lo que se mitigarían los efectos negativos que, en especial a las mujeres, reporta la dedicación a los cuidados.

Entre la población estudiada en la encuesta de la Fundación Pilares 2012, el paso a la jubilación no se experimenta en general como un corte radical con la vida pasada sino como un proceso de adaptación progresivo que se contempla como una oportunidad vital de desarrollo personal y dedicación a la familia y a actividades sociales de diferente tenor. Una amplia satisfacción con la vida y una salud subjetiva elevada refuerzan la idea de la jubilación como oportunidad de desarrollo de comportamientos y actividades típicas del envejecimiento activo.

En cuanto a sus expectativas respecto a la dedicación del tiempo libre en el futuro inmediato, afirman querer dedicarlo sobre todo a su familia, a llevar una vida tranquila y a cultivar sus intereses y aficiones. Pero hay alrededor de un 15% que piensa involucrarse en actividades que benefician a la sociedad o continuar vinculado a su profesión sin remuneración.

Otro factor clave incluido en una de nuestras hipótesis como determinante de la propensión participativa, que es la base para el desarrollo de comportamientos y prácticas sociales proactivos, es que la mayoría de la población encuestada en todos los tramos analizados tiene una positiva valoración acerca del papel que juegan en la sociedad, que consideran “vital” (48%) o igual a la del resto de los ciudadanos (31%), si bien se registran también visiones más pesimistas, incluido el pequeño porcentaje de quienes consideran que no tienen papel ninguno que jugar (7%), que cobra más importancia a medida que avanza la edad. Y en cuanto se

refiere al aspecto que las personas encuestadas consideran más valioso de tener la edad que tienen en este momento, se cita mayoritariamente la experiencia acumulada (64%), cuestión que habíamos hipotetizado también como elemento que puede predecir una mayor propensión participativa.

La ganancia de esperanza de vida entre los grupos de edad que hemos estudiado repercute, naturalmente, en las condiciones de salud y capacidad de las personas a medida que envejecen, lo que significa que alcanzar la edad de 60 o 70 años hoy nada tiene que ver con quienes lo hacían cincuenta años antes. Afortunadamente, jubilación y vejez se han ido distanciando progresivamente lo que ha favorecido la aparición en el ciclo vital de una nueva etapa que se encuentra aún en proceso de construcción tanto a nivel individual como social, y acerca de la cual contamos con poco conocimiento. Por ello, y ésta es otra de las recomendaciones que realizamos, resulta muy recomendable investigar más para que dicho proceso sea mejor conocido, comprendido y apoyado.

Hacer posible que las personas que envejecen desarrollen su potencial de bienestar físico, social y mental y participen en la sociedad de acuerdo con sus necesidades, deseos y capacidades, tal como se propone por la OMS y la UE, no resulta un objetivo fácil de cumplir. Hemos visto en los resultados de nuestra investigación que aunque la mayoría de las personas consideran muy valiosa la experiencia que han acumulado, esa buena valoración va descendiendo con la edad lo que parece sugerir que tal desvalorización se produce a medida que se comprueba que esa experiencia no se utiliza suficientemente. Y teniendo en cuenta también que un 20% de los encuestados considera que la jubilación es una etapa difícil, se precisaría que las instituciones públicas y privadas y los agentes que trabajan en el sector del envejecimiento orienten sus políticas y

actuaciones para apoyar más el envejecimiento activo de las personas desde la perspectiva de ciclo vital, especialmente a partir de la cincuentena.

Por otra parte, en las acciones de impulso del envejecimiento activo que se desarrollen no debe olvidarse incluir líneas políticas y programas dirigidos a reducir las desigualdades existentes en las diferentes dimensiones que afectan a la salud y calidad de vida de las mujeres.

### ***B) Cuidados y otros apoyos informales***

Si bien con la jubilación, o expectativa de la misma, o de la liberación de cargas familiares el tiempo ideal está pensado para el disfrute personal, en la práctica esta planificación difusa depende de las condiciones de vida y de la situación familiar. En un régimen de bienestar como el de España en el que los cuidados familiares a enfermos y personas en situación de dependencia, los apoyos a miembros de la familia con dificultades económicas y la atención a los nietos tienen una relevancia extraordinaria, el tiempo de cuidados es uno de los tiempos sociales por excelencia, y éstos afectan sobremedida a la población que hemos analizado.

Los resultados de las primeras oleadas del estudio longitudinal SHARE sugieren que «la transición a la jubilación parece tener un claro impacto en la cantidad de apoyo social que prestan los europeos a los miembros de la familia, como padres y madres ancianos o nietos» (Börsch-Supan et al., 2008). Pero estas transferencias en forma de cuidados informales se producen con grandes diferencias en cuanto a su intensidad entre los países del Norte de Europa y los del Sur, singularmente España, donde el tiempo de dedicación tiene un alcance mucho mayor que en países como los Escandinavos, Holanda o Francia, que pueden explicarse, además de por nuestra tradicional cultura de apoyo familiar a sus miembros, por una

histórica escasez de servicios profesionales de cuidados comunitarios.

De entre las diferentes dimensiones de los cuidados y ayudas que se producen en el seno de los hogares hemos analizado tres de ellas: los cuidados de personas enfermas y en situación de dependencia; las ayudas económicas y de acogimiento a los miembros del hogar, especialmente a los hijos mayores de 25 años; y, por último, el cuidado de los nietos y nietas mientras sus padres trabajan. Pues bien, el 23% de las personas que hemos entrevistado cuidan a una persona de su familia que requiere cuidados de larga duración, el 44% está dando apoyo a familiares con necesidades económicas (el 26% prestándoles ayuda monetaria, y un 18% les acoge en sus hogares), en especial, los hijos mayores de 25 años, mientras que los que tienen nietos colaboran activamente en su cuidado mientras sus padres trabajan, el 46% los cuida en la actualidad y un 15% los han cuidado anteriormente

En diferentes estudios que han analizado el perfil de los cuidadores y cuidadoras de personas en situación de dependencia se ha mostrado que su edad se concentra mayoritariamente en el tramo de entre 50 y 64 años, que es casi coincidente con la población que analizamos en nuestra encuesta; por ello, con los resultados de ésta contribuimos a actualizar el conocimiento que existía en los aspectos que aquí hemos recogido. Por otra parte, aportamos también nueva información relativa a los cuidados que prestan a sus nietos y nietas las personas menores de 65 años, ya que casi toda la información disponible en nuestro país se refiere a los abuelos y abuelas mayores de esa edad.

Hemos visto que cerca de una cuarta parte de las personas que hemos entrevistado colaboran en el cuidado de familiares enfermos, con discapacidad o en situación de dependencia. Esta tarea, aunque registra

un peso creciente de los varones, continúa concerniendo en mayor medida a las mujeres (27% frente al 19%) y a personas de edades inferiores a 60 años (26%). La relación con la actividad y el nivel de ingresos condicionan, como es natural, la función informal de los cuidados. Así, las personas paradas (34%) e inactivas (29%) colaboran en mayor medida que las ocupadas (20%), mientras que el 30% del segmento poblacional que tiene ingresos inferiores a 900 euros al mes participa en este tipo de cuidados bajando este indicador al 18% entre quienes ingresan más de 1.500 euros mensuales.

Los cuidados a personas en situación de dependencia son una actividad informal de elevada frecuencia e intensidad que es característica de los países del Sur de Europa; concretamente, un 74% de las personas cuidadoras que han respondido en nuestra encuesta informan que hacen esta labor diariamente en jornadas que superan las diez horas diarias, llegando a alcanzarse las 13 horas si quien procura este cuidado es una mujer. La “carga” excesiva de los cuidadores/as tiene repercusiones negativas sobre su salud. En todo caso es preciso señalar que la dedicación de tiempo a los cuidados constituye una importante parte del envejecimiento activo tanto en sentido positivo (ayuda prestada y satisfacción por la misma) como negativo (deterioro de la salud y pérdida de oportunidades para realizar actividades alternativas de tipo personal y social).

Pero los apoyos a familiares no se restringen a tareas de cuidado; también se prestan otras ayudas de índole económica que se concretan unas veces mediante préstamos de dinero (26%) y otras veces acogiéndolos temporalmente en el domicilio (21%). En ambos casos, esta ayuda está destinada en más del 90% de las ocasiones a hijos e hijas mayores de 25 años. Haciendo una estimación de lo que esta ayuda significa, podríamos

decir que en España más de cuatro millones de personas de entre 50 y 69 años apoyan económicamente a su hijos, aun cuando éstos cuentan con una edad más propia de la independencia económica. Y aunque la solidaridad económica de la familia hacia los descendientes es una práctica social habitual en España, no cabe duda de que debajo de estos datos late el impacto de la crisis económica y financiera que se ceba de manera llamativa y dramática entre los jóvenes con unos altísimos niveles de desempleo. Para paliar las consecuencias de esta situación la familia responde extendiendo e intensificando su apoyo.

Las abuelas y abuelos constituyen hoy día el recurso fundamental de quienes han de compaginar su posición en el mercado de trabajo con las labores de la crianza. Vienen jugando un papel clave en el proceso de incorporación y permanencia de las mujeres al mercado laboral, permitiéndoles sustraerse en buena medida al problema del reparto de tareas entre hombres y mujeres. El cuidado de los nietos es por todo ello uno de los pilares, no siempre reconocido, para el sostenimiento del sistema tal y como aún hoy está planteado. Así se refleja en los resultados de la encuesta que hemos aplicado y que hemos enfocado al cuidado que los abuelos y las abuelas realizan a sus nietos durante la jornada laboral de sus padres y no en la dedicación episódica o de poca intensidad a la atención de los niños. Dentro del segmento de quienes tienen nietos (el 45% del total de nuestro grupo sociodemográfico), observamos que un 46% les cuida en la actualidad y otro 15% afirma haberlos cuidado en el pasado.

El cuidado de los nietos es visto por las personas de nuestra encuesta tanto como una carga excesiva como una actividad agradable. Se opina por la mayoría que a veces se abusa al cargar a los abuelos con el cuidado diario de sus nietos (45%) aunque también son muchos los que

consideran lógico que los abuelos cuiden de sus nietos en un momento en que ellos tienen menos ocupaciones (35%). La ambivalencia del cuidado de los nietos se pone de manifiesto cuando se contrastan los costes de oportunidad que puede generar el tiempo de cuidados con los posibles beneficios. La mayoría de nuestros encuestados (47%) se inclina al emitir su opinión por el beneficio –los que cuidan de sus nietos están más activos y satisfechos– frente a quienes contraponen el coste de los cuidados (27%) –pérdida de oportunidades para hacer lo que realmente quisieran–.

Si consideramos conjuntamente el cuidado a personas en situación de dependencia, el cuidado de nietos y las ayudas monetarias o en especie prestadas a familiares (fundamentalmente hijos mayores de 25 años), el resultado que obtenemos es que casi el 63% de la población estudiada (que estimado en cifras absolutas estaría en torno a 6,5 millones de personas) han contribuido o contribuyen de manera muy relevante a la función de reproducción y apoyo familiar.

El modelo tradicional de cuidados y apoyo informal de la familia del régimen español de bienestar, que se confirma en nuestros resultados, sigue teniendo una permanencia sólida y continuidad en el tiempo, adaptándose a los cambios de la estructura social y laboral y a las pautas culturales de una sociedad envejecida. De este modo, el sistema de apoyos mediante el concurso de la familia extensa tradicional ha sido sustituido de manera progresiva por un sistema “verticalizado”, más intenso, en el que intervienen varias generaciones en los cuidados. Esta realidad es crucial para comprender el modelo de reproducción social de España que, en el actual contexto de crisis económica y financiera, cumple funciones de estabilidad y cohesión social determinantes.

Pero es preciso recordar, a la luz de la información ya conocida y que este

estudio constata, que esta función de apoyo sigue recayendo de manera especial sobre las mujeres y, en concreto, sobre las que se encuentran entre los 50 y los 64 años, la denominada “generación sándwich”, atrapada en ocasiones por la demanda simultánea de atención que reciben de su padre o de su madre, de su pareja, de sus hijos y de sus nietos. La persistencia de la feminización de los cuidados no parece ni viable ni, sobre todo, deseable a largo plazo a no ser que el sector público frene, y la sociedad asuma, el modesto proceso de socialización de cuidados que se estaba produciendo bajo el Estado de Bienestar en España en los últimos diez años. De ahí que, junto a la constatación del valor de cambio social de la solidaridad familiar en cuidados y ayudas financieras, sea necesario alertar sobre el coste de los mismos en términos de freno a los avances en igualdad en el reparto de la carga de los cuidados, sin olvidar otros costes en las diferentes dimensiones de la calidad de vida de las personas cuidadoras y los denominados costes de oportunidad.

A tenor de nuestros resultados, estimamos altamente recomendable que se lleve a cabo el obligado reconocimiento de las contribuciones al bienestar social que realizan las personas de 50-69 años en relación a su rol como cuidadoras y prestadoras de ayudas económicas a sus familias, enfatizándose también que la intensidad (excesiva) de estas aportaciones, además de traducirse en calidad de vida para padres, madres, hijos y nietos, tiene también un peso considerable en trabajo no retribuido dentro de la economía del sector informal.

Considerando, a este respecto, que el caudal de apoyo informal que se produce en España tiene un alcance desproporcionado en cuanto a su complementariedad con los servicios formales de cuidados, y teniendo en cuenta también que añadir atención profesional a la familiar ha mostrado

tener efectos muy beneficiosos tanto en el bienestar de quienes precisan cuidados como en el de las personas cuidadoras, es muy recomendable que entre las prioridades de las instituciones públicas se retorne hacia una mayor inversión en la generación de medidas y recursos de apoyo a las familias: flexibilización de horarios, escuelas infantiles de 0-3 años y servicios profesionales de atención a las personas en situación de dependencia. Porque el freno a iniciativas como el programa Educa3 o los recortes de las prestaciones de la Ley de promoción de la autonomía personal y atención a las personas en situación de dependencia (LAPAD) han paralizado el incipiente desarrollo de una serie de prestaciones y recursos formales llamados a proveer a las familias de servicios profesionales que, de manera complementaria al apoyo familiar, estaban comenzando a suponer un mayor reparto de los cuidados entre familia y Estado y también entre mujeres y hombres, facilitando así la deseable conciliación entre vida personal y profesional.

Finalmente, y por lo que atañe al importante apoyo económico que nuestros encuestados prestan a sus hijos mayores de 25 años, a una edad en la que deberían estar ya emancipados, se considera necesario desarrollar las medidas precisas para estimular el empleo juvenil.

### ***C) El tiempo social de las personas mayores***

La ocupación del tiempo, sobre todo después de la jubilación, es una de las vertientes de la investigación social del envejecimiento más analizadas. Dentro del uso del mismo las actividades de ocio siguen siendo importantes para las personas en proceso de envejecimiento y son centrales, junto al tiempo dedicado a la familia, en las personas ya jubiladas si bien parecen haber ganado interés creciente las actividades de formación y, en menor medida, las relacionadas con la participación cívica y el voluntariado. En concreto, el interés por la formación y la cultura

relacionado con el desarrollo personal tiene un peso creciente en las motivaciones de las personas entrevistadas en nuestra encuesta junto al interés por formarse en materias que favorezcan estilos de vida relacionados con el envejecimiento activo. Estas preferencias parecen estar motivadas por un fin de autorrealización mediante el aprovechamiento de la nueva etapa vital para realizar aprendizajes que contribuyan al desarrollo personal más que a un ocio puramente consuntivo y recreativo, que es el predominante en la actual generación de mayores de 65 años.

Hay que destacar que el grupalismo, que ha sido tradicional en las actividades de ocio de las personas mayores, está dando paso poco a poco a una mayor autonomía en la elección de los intereses individuales, tal como se corresponde con una sociedad de consumo en la que la satisfacción individual tiene un peso relevante. No es que las personas que se acercan o acaban de llegar a la jubilación estén abandonando las actividades en grupo sino que las opiniones y opciones de nuestro colectivo tienen cada vez más en cuenta la dimensión del valor añadido personal de las actividades, que avanza y se consolida a medida que entran en la experiencia de la jubilación generaciones con un mayor nivel de formación e ingresos. Lo cual no puede sorprender si tenemos en cuenta que, por ejemplo, las personas que forman parte del grupo de 50 a 54 años son los llamados hijos de la sociedad de consumo, cuyas pautas culturales se orientan a una mayor satisfacción personal frente a intereses colectivos o, al menos, parecen pretender hacerlos compatibles.

Así, más de la mitad de la muestra (54%), aunque en mayor proporción los hombres, dice que no le interesa nada de lo que se ofrece a las personas de su edad y que de la organización de sus actividades se encargan personalmente. Sin embargo, cuando la pregunta se concreta más y se

enumeran una serie de actividades de formación y de tiempo libre, se muestran mucho más receptivos e interesados. Así el 60% muestra interés en participar en programas de ocio o cultura junto a personas que compartan sus mismas inquietudes, en tanto que casi la mitad se interesaría por recibir algún tipo de formación que les permita organizar su actividad y su tiempo durante la etapa de la jubilación o para iniciarse en tareas de voluntariado y participación social.

En general, las mujeres manifiestan un mayor interés de cara a la participación en todas las actividades propuestas, pero muy especialmente cuando se trata de adentrarse en el mundo del voluntariado. Esta mayor predisposición de las mujeres en el campo de la formación, lo mismo que en el de la participación en actividades, modula y se contrapone a los resultados que sistemáticamente se recogen (y también en nuestra encuesta) sobre la peor percepción que muestran ellas acerca de su situación de salud y satisfacción con la vida.

Más de tres cuartas partes de la población encuestada valoran positivamente que hubiera alguna formación específica para preparar la etapa vital que se abre a partir de la jubilación, con una diferencia de nuevo entre hombres y mujeres de casi nueve puntos a favor de las mujeres, mientras que las diferencias por grupos de edad no son destacables ni tampoco según relación con la actividad, pues tanto entre las personas que aún forman parte de la población activa como entre las que están jubiladas se supera el 75% de respuestas que consideran muy o bastante útiles este tipo de cursos o talleres. Esta opinión tan favorable contrasta con la realidad de la oferta ya que este tipo de actividad formativa es muy poco frecuente en España: ni las empresas ni las Administraciones Públicas los ofrecen a sus trabajadores cuando se acercan a la jubilación.

El hecho de que un grupo de población que es diana para este tipo de oferta considere de utilidad esta modalidad de acción formativa parece avalar la importancia creciente de desarrollarla con formatos y modelos pedagógicos adecuados para ayudar a planificar u orientar la vida en la etapa que sigue a la jubilación, que es lo que recomendamos.

¿Qué objetivo buscan las personas al participar en las distintas actividades que realizan o que podrían desarrollar? La respuesta es clara al respecto: estar sanas, sentirse útiles y entretenerse, seguidas de otras finalidades como aprender, conocer gente, hacer voluntariado o ayudar a personas que lo necesiten y, a gran distancia, ganar dinero. De nuestra encuesta se deduce que la finalidad de todas estas actividades es mayoritariamente personal y subjetiva y, secundariamente aunque no menos importante, la finalidad es la ayuda social, al menos como *desideratum*: cerca de dos tercios se inclinan favorablemente por ayudar a quien lo necesite y realizar actividades de voluntariado (y de nuevo, en mayor medida las mujeres). El análisis por grupos de edad nos revela que son los más jóvenes quienes en mayor medida buscan con las actividades que realizan ahora o que podrían hacer en el futuro sentirse útiles (el 91,4% del grupo de 50-54 años, frente al 85% de los de 65-69 años), aprender o mejorar en algún aspecto (lo que pretenden el 87,5% de los más jóvenes y el 77,8% de los mayores de 65) o hacer voluntariado y ayudar a quien lo necesite (70% entre los más jóvenes frente al 56% de los mayores).

Pero lo cierto es que este deseo de participación que expresa la mayoría de nuestros encuestados no encuentra suficiente refrendo en la práctica real de actividades de la mayoría, lo que debe alertar sobre la búsqueda de fórmulas capaces de activar ese potencial.

.Los centros sociales, hogares, clubs, casals (entre otras denominaciones) para personas mayores han jugado y siguen jugando un rol central como

espacio de encuentro y organización de actividades para las personas mayores. Las Administraciones públicas, las Cajas de Ahorros y otras entidades sociales han contribuido históricamente a la extensión de este tipo de recurso bien conocido y muy valorado por las personas mayores y por la sociedad en general. Tal como se refleja en el Libro Blanco del Envejecimiento Activo de 2011, si comparamos la asistencia a hogares y clubs de personas mayores entre 1990 y 2010 debemos concluir la pervivencia de la actualidad y popularidad de los mismos, pues si en 1990 el 25% de ellas asistían a dichos centros, la situación más de 20 años después apenas se ha modificado.

Sin embargo, según los resultados de nuestra encuesta, entre las personas que están en la franja de 60 a 69 años - que son las que cumplen con el requisito de edad mínima que suele exigirse para participar en los centros de mayores - apenas un 16% informa acudir a ellos; existe otro segmento (34,7%) que afirma que no asiste pero quizás lo haga más adelante y, finalmente, un amplio grupo (45%) que afirma que ni asiste ahora ni lo hará en el futuro. La asistencia crece fuertemente con la edad, llegando al 25% entre los que tienen entre 65-69 años, pero se produce un descenso claro en el segmento de personas entre 60 y 64 años, entre las que solo asisten un 8% a diferencia de las personas de esa misma cohorte de edad en 1990, cuando asistían a estos centros un 12% de ellas.

En nuestro análisis interpretamos que, aparte de que en efecto pueda existir un problema de oferta en los actuales centros de mayores, que no satisface las expectativas de una parte de las personas a las que va o irá dirigida en el futuro, también es posible que las reticencias o dudas que buena parte de la población estudiada manifiesta sean debidas a una imagen social no ajustada a lo que verdaderamente se ofrece en los centros sociales, pues lo cierto es que, al lado de las actividades recreativas y de ocio más tradicionales, algunos también se han convertido

en espacios de formación y desarrollo de actividades ligadas a la participación, como las educativas y culturales, así como los proyectos intergeneracionales o de voluntariado que existen en algunos lugares y que son promovidos precisamente desde los mismos.

Algunas de las propuestas que la población estudiada por nosotros manifiesta para hacer que los centros sociales sean más atractivos a sus potenciales destinatarios, y que el equipo de esta investigación hace suyo, serían su apertura a quienes han cumplido los 50 años o que se abrieran incluso a todas las edades, haciendo de ellos centros comunitarios intergeneracionales.

Conocer el grado de incorporación de las personas adultas y mayores a las nuevas tecnologías ha formado parte también de los objetivos de nuestra investigación. En España la proporción de personas de 65 a 74 años que usan diariamente Internet (10%) se sitúa a distancia de la media resultante para los países que integran la Europa de los 27 (20%); y queda muy lejos de algunos de los del Norte como Dinamarca, Luxemburgo o Suecia, donde más del 40% de personas de dicha edad navegan por Internet cada día. Por tanto, es claro que la brecha digital relacionada con la edad (y también en función del sexo) continúa vigente, si bien las personas que tienen más de 50 años y menos de 70 han experimentado en los últimos años una evolución marcadamente ascendente en el uso de la tecnología. Por otra parte, casi la mitad de las personas entrevistadas por nosotros afirma tener interés en participar en actividades formativas relativas al mejor conocimiento de Internet y de las redes sociales.

Habida cuenta de que el factor generacional marca de lleno el grado de participación de la población que estudiamos en el mundo de las TIC, y que formar parte de la sociedad de la información resulta clave en la sociedad contemporánea desde muchos puntos de vista y también en

términos de inclusión social, resulta obligado recomendar el desarrollo de actuaciones que favorezcan un más fácil acceso de las personas mayores a la utilización de las TIC y, en especial, de Internet y las redes sociales.

Actividades, intereses, expectativas deben ponerse en relación con la experiencia concreta de cómo se llena el tiempo en la cotidianidad del día a día. Tiempo diario que se percibe como lleno de obligaciones para casi la mitad de la muestra (47%) y tiempo también completo pero sin demasiadas obligaciones para casi la otra mitad de las personas entrevistadas (también, el 47%). Son muy pocos los que informan que apenas tienen nada que hacer y el día se les hace muy largo (6%), pero aquí encontramos grandes y lógicas diferencias en la relación con la actividad laboral pues mientras entre las personas desempleadas llega hasta un 16%, ese porcentaje baja al 8,5% de las jubiladas y hasta el 3% de las ocupadas. Las mujeres manifiestan tener más obligaciones que los hombres (51% frente al 42%), explicable por la carga muy superior de tareas domésticas y de cuidado.

Entre las hipótesis de nuestra investigación formulábamos que para poder involucrarse en actividades de participación social hay que tener disponibilidad de tiempo. Pero, además, importa considerar la percepción subjetiva de tener o no tiempo disponible pues el ritmo empleado en la realización de las actividades cotidianas, por ejemplo, también influye en el saldo finalmente disponible y hemos podido observar que la percepción mayoritaria de nuestros encuestados es que se tiene el tiempo ocupado, lo que no supone afirmar que no exista tiempo excedente para actividades de participación social.

En cuanto a la tercera de nuestras hipótesis, esto es, que la participación depende de la adecuación entre la oferta y la demanda, puede deducirse de los resultados de este estudio que no existe la debida concordancia

entre los intereses de las personas para participar en actividades formativas, culturales o de ocio y la oferta real existente. Así, no es común encontrar que en la actividad se propicie que se organicen los grupos buscando la afinidad entre sus miembros y la intergeneracionalidad, ni se incluye entre la oferta habitual los talleres para ayudar a reorientar el tiempo y la actividad durante la jubilación o de iniciación a la participación social y el voluntariado.

Teniendo en cuenta que uno de los cambios más claros detectados en nuestra investigación es, como se ha dicho, la tendencia hacia el predominio de la autonomía del sujeto en la organización de su tiempo libre tras su jubilación dejando atrás el grupalismo tradicional, se considera preciso que en las iniciativas que se tomen por las organizaciones o las instituciones se tenga en cuenta que la personalización de la oferta aparezca como clave a la hora de apoyar o planificar iniciativas. Se trata de trabajar “con” y no “para” las personas sus propios planes de organización del tiempo y contenido de actividades.

Parte de las personas que hemos encuestado precisarían apoyo -aunque no lo demanden de manera explícita- para planificar la etapa vital tras la jubilación. En la planificación de actuaciones que puedan desarrollarse en esta línea, aspectos como el cuidado de su salud, la oportunidad de desarrollar y disfrutar de sus aficiones, la formación en materias que les resulten de interés y sus preferencias en iniciativas de participación social deberían ser tenidas en cuenta con carácter previo a elaborar la oferta de actividades.

La amplia extensión que existe por toda la geografía española de centros sociales, lo mismo que el número considerable de asociaciones de mayores que suelen estar a cargo de ellos, los convierte en un recurso comunitario con una enorme potencialidad para el desarrollo de iniciativas

innovadoras de participación social. Por ello, y partiendo de que la oferta que hoy se ofrece en los centros sociales de personas mayores no resulta atractiva para una parte de quienes llegan ahora a la jubilación, deberían ensayarse nuevas fórmulas que innoven y diversifiquen sus contenidos y, al mismo tiempo, admitir que puedan acceder a los centros y participar en sus actividades personas más jóvenes de los 60 años y, a la vez, aprovechar estas infraestructuras para promover desde ellas programas intergeneracionales y de participación comunitaria.

### ***D) Participación social y voluntariado***

El tercer pilar del envejecimiento activo, según la conceptualización de la OMS y de la propia U.E, es la participación social. El objetivo es lograr que las personas, a medida que envejecen, continúen haciendo contribuciones productivas (remuneradas o sin remunerar) a la sociedad, para lo que se requiere que las políticas fomenten su participación, de acuerdo con sus capacidades, necesidades y preferencias.

Entre las actividades de participación social, destacan las que se desarrollan por las personas mayores en organizaciones de voluntariado y de tipo cívico. Se trata de la máxima expresión del envejecimiento activo ya que supone importantes valores añadidos tanto para las personas (salud, bienestar, crecimiento personal) como para la sociedad (cohesión social, solidaridad, creación de redes sociales). Su importancia es tal que las políticas sociales han prestado creciente atención a esta dimensión mediante su reconocimiento, apoyo e integración en la acción política y, de manera particular, al desarrollo de las organizaciones voluntarias de todo tipo: solidarias, culturales y cívicas.

Las políticas sociales han hecho de la participación de las personas mayores en la sociedad un objetivo central desde el Plan Gerontológico

Nacional de 1992 hasta el año del envejecimiento activo (2012). La Ley de 6/1996, de Voluntariado, trazó el marco normativo para el desarrollo de las organizaciones voluntarias y su integración en las políticas públicas ya que el voluntariado no solo es desarrollo solidario sino también un recurso potencial de apoyo a las políticas de bienestar.

Los países del Sur de Europa, entre ellos España, tienen una menor tradición que otros países del Norte y Centro de Europa en participar en acciones de voluntariado, tal como se constata en los datos que hemos mencionado del Eurobarómetro nº 378, de 2012.

Según el barómetro del CIS de marzo de 2011, durante ese año participaron en actividades de voluntariado el 16% del grupo de edad de 50 a 69 frente al 7% de los mayores de 70. En esta misma encuesta se recogen como razones para no realizar este tipo de actividades que «no se sienten capacitadas para ello» o «que no se lo han planteado». Sin embargo, entre quienes sí realizan labores de voluntariado, son las personas mayores de 65 años las que dedican más tiempo a esta actividad (más del 55% una vez a la semana). La mitad de ellas opinan que su motivación fundamental es ayudar a los demás y, en segundo lugar, sentirse útiles. que puntúan más alto en este indicador (el 58% se muestran muy satisfechas).

Según demuestra esta investigación, los factores explicativos del voluntariado en las edades maduras no se dan por el simple hecho de que exista más tiempo libre o por disponer de niveles formativos elevados y unos ingresos garantizados. Estas son condiciones que lo hacen posible pero existen otros factores que hemos considerado en el estudio que resultan más explicativos como son: la trayectoria o experiencia previa en la acción voluntaria (teoría de la continuidad), el valor de su experiencia y del rol jugado en la sociedad, así como la adecuación entre la demanda y

la oferta de oportunidades de participación dentro de un contexto institucional que lo haga posible.

Según los resultados de nuestra encuesta la proporción de personas de 50 a 69 años que pertenece o colabora (se trata de una amplia mirada de la participación social) con una ONG o fundación alcanza el 22%, pero sólo el 4% colabora con un partido político y el 10% lo hace con un sindicato. Las asociaciones culturales, de vecinos y religiosas tienen un mayor atractivo con porcentajes que llegan al 15%. Obviamente la edad y la relación con la actividad laboral son factores de diferenciación que explican en buena medida la dinámica de la participación.

En general, los grupos de edad de 50-54 (generación compuesta por los que hemos denominado hijos de la sociedad de consumo), que en su mayoría todavía son población activa, tienen una mayor presencia en partidos, sindicatos, asociaciones de vecinos y entidades deportivas; por el contrario el grupo de 65-69 tiene un mayor peso en las asociaciones de personas mayores y organizaciones religiosas. Presencia en ambos casos explicable en buena medida por el efecto generacional mencionado, pero sobre todo por el diferente ciclo vital de las personas y, en concreto, por su vinculación o ausencia del mercado de trabajo. Todos los grupos de edad tienen, por el contrario, una participación similar en cuanto a asociaciones culturales y de ocio.

Es la variable estudios el factor diferenciador por excelencia en las tasas de este tipo de participación, de modo que varían entre el 9% (estudios primarios) y 31% (estudios superiores).

Si nos centramos en las actividades de voluntariado como dimensión específica de la participación social, los resultados de la encuesta nos ponen de manifiesto que, por ejemplo, el 12% de las mujeres y el 8% de

los hombres ha participado en acciones voluntarias en el último año y el 14% del conjunto de la muestra lo hizo con anterioridad; que existe un tercio de personas que les gustaría participar en acciones de voluntariado (también de mayor proporción entre las mujeres, 36%, que entre los hombres 28%); que el voluntariado puede ser fuente de bienestar: el 90% de las personas que participan o participaron en actividades de voluntariado manifiestan que se siente muy o bastante satisfecha con su vida en general. Las relaciones estadísticamente significativas causa-efecto entre voluntariado y buena salud y satisfacción con la vida se han mostrado también en la mayoría de las investigaciones que hemos consultado y citado en nuestro estudio. Aunque es de advertir que también puede ser cierta la asociación que podemos establecer a la inversa: buena salud, tiempo disponible y estudios superiores son factores favorables a la acción voluntaria.

Las motivaciones hacia el voluntariado son diversas, no suele haber una única causa. El fin que mueve a más de la mitad de quienes son voluntarios es el deseo de ser solidarios (ayudar a los demás, mejorar la sociedad, es decir, acción voluntaria según valores); pero también existen otras razones como son el disfrute personal o la demanda de ayuda por parte de familiares y amigos. La modalidad de la acción voluntaria realizada (solidaria, cultural, intergeneracional, ocio) puede ser indicativa del tipo de motivaciones que guían la propensión a participar en sus distintas formas si bien suele darse un conjunto entremezclado de ellas. En nuestro caso, es precisamente en el ámbito más relacionado con el concepto de generatividad en el que se concentra el interés motivacional de una parte destacada de nuestros encuestados y que se expresa en actuaciones que contienen claramente la idea de legado: transmitir la propia experiencia laboral o de otros quehaceres y conocimientos a los jóvenes, apoyar su promoción profesional o emprendimiento empresarial o

comprometerse en el desarrollo de valores a las nuevas generaciones.

En cualquier caso, el colectivo estudiado no se presenta como un grupo privilegiado o especial a la hora de participar en la sociedad. Por el contrario, considera de manera abrumadora que los problemas sociales nos afectan a todos y la respuesta debe darse, en consonancia, por el conjunto de la sociedad, de la que ellos son solo una parte. Son marginales los segmentos de esta población que apelan al individuo o a la clase política como única solución a los problemas de la sociedad. Pero sí se constatan algunas diferencias por grupos de edad en esta apelación a la responsabilidad colectiva, que es mayor a menor edad (75% en el grupo de 50 a 54 años frente al 61% en el tramo de edad de 65-69), de lo que cabría inferir la influencia del factor generacional.

Sin embargo, se ha registrado un acuerdo muy generalizado (79%) acerca del importante papel que tiene este grupo de población en la sociedad. En esta positiva valoración no se registran diferencias por sexo pero sí hay un gradiente de relieve en función de los subgrupos de edad (mientras el 85% de las personas del subgrupo de edad más joven consideran que juegan un papel importante o igual que los demás, ese porcentaje baja 18 puntos entre las personas mayores de 65 años). En el otro extremo, hay un 20% en el que se aglutinan las opiniones más negativas (no tener papel alguno que jugar o ser de importancia menor a los jóvenes) que está compuesto mayoritariamente por las personas mayores de 65 años y las que se han jubilado.

En suma, entre las razones por las que se participa en organizaciones o acciones voluntarias se entremezclan los fines de desarrollo personal y disfrute con los de colaboración en proyectos colectivos de mejora de los problemas sociales, destacándose el campo de la transmisión de conocimiento y las relaciones intergeneracionales. No parece ser una

moda pasajera cuando más de un tercio de la población estudiada, que no tiene experiencia en el voluntariado, está interesada en participar en actividades de este tipo, pero resulta pertinente cuestionarse por qué existen tantas personas que, manifestando interés por la acción voluntaria, sin embargo no llevan ese deseo a la práctica.

Precisamente por haberse detectado un considerable potencial latente de voluntariado y compromiso cívico que permanece sin desarrollar, parece recomendable que se lleven a cabo actuaciones en los diferentes campos de la participación social y de la acción voluntaria tendentes a su activación: campañas informativas sobre las distintas modalidades que se ofrecen (no solo las de tipo benéfico asistencial), entidades que las realizan y formas de acceder a las mismas; actividades de formación personalizada que se apoyen en los conocimientos y preferencias individuales para diseñar después los proyectos de participación social que se ajusten a los mismos; apoyo a entidades y asociaciones de la comunidad que promuevan el desarrollo de este potencial participativo; información y apoyo para que los programas y medidas que se emprendan estén dotados de la flexibilidad y amplitud necesarios para adaptarse a la pluralidad de fines que buscan las personas que son potenciales voluntarias; fomentar encuentros entre la comunidad educativa y organizaciones juveniles con asociaciones de mayores, de vecinos, de mujeres, etc. dirigidas a promover programas de intercambio generacional en los que se potencia el aprovechamiento de la experiencia de las personas mayores, etc.

### ***E) Tendencias de cambio resultantes de la comparación entre los grupos de población comprendidos entre 50-64 años con el tramo de edad 65-69***

De manera complementaria a lo que ya se ha indicado, desde nuestro análisis estimamos que puede deducirse de la investigación que hemos desarrollado la existencia de algunas tendencias de cambio respecto de los fines del envejecimiento activo entre los subgrupos estudiados.

Se constata, en primer lugar, una mejora notable en las cohortes más jóvenes tanto en el estatus económico e importe de las pensiones como en el nivel educativo, cuyo efecto potencial a largo plazo puede ser crucial en la acción voluntaria. En lo que atañe al nivel de estudios, si comparamos las diferencias entre el grupo de edad de 50 a 64 y el de 65 a 69 años, se refleja un importante peso en el primer grupo de las personas con estudios secundarios (en torno a un tercio, frente a un 15% en el último tramo) y estudios superiores (en torno al 28% en el primer segmento de edad, frente al 17% en el último). Y teniendo en cuenta que el nivel superior de estudios es una variable que está asociada positivamente a una mayor propensión a la participación de actividades sociales culturales y solidarias, la llegada a la jubilación del primer grupo de edad seguramente reforzará dicha propensión participativa, sin considerar otros factores que lo promueven de tipo personal e institucional.

Otra tendencia de cambio que se considera clave es la que afecta a las mujeres que están llegando a la jubilación, y ésta atañe no solo al creciente nivel de estudios que también se registra en nuestra investigación (el 21% de ellas tiene en nuestra muestra estudios universitarios) sino también a la relación con la actividad. Hemos visto entre nuestros resultados que el porcentaje de mujeres que no tuvieron o no tienen relación con la actividad laboral es del 26 %, cuando entre el

total de las mayores de 65 llegan al 69% quienes se habían dedicado en exclusiva al trabajo doméstico. Más alto nivel de estudios y mayor experiencia en la esfera laboral, unido a la mayor inclinación y presencia femenina en los ámbitos que hemos estudiado de la participación social, dibujan un escenario en el que el protagonismo futuro de las mujeres en los procesos participativos de diversa índole y, en especial, de voluntariado, puede resultar crucial.

Sin embargo, son las mujeres las que se ven más expuestas a las tensiones que se dirimen entre la necesidad de contribuir a los cuidados del núcleo familiar cuando los precisan (sean adultos en situación de dependencia, sean niños) y, al mismo tiempo, atender sus anhelos de disposición de tiempo para el desarrollo personal o participación cívica. Tensión que no se superará mientras no se avance en la igualdad en el reparto de la carga de cuidados entre hombres y mujeres, el desarrollo de políticas de conciliación de la vida personal, familiar y laboral (entre ellas, flexibilidad de horarios) y, sobre todo, una mayor socialización de la carga de cuidados a través de políticas públicas que aporten medios y equipamientos.

En general, se comparte una misma y mayoritaria opinión sobre el significado de la ocupación como vía de realización personal, un modo de establecer relaciones sociales y fuente de ingresos. Y sin embargo esta centralidad del trabajo en la vida de las personas parece que se acaba con la jubilación pues la mayoría no apuesta por la extensión de la vida laboral. Pero ante la consideración de la etapa vital tras la jubilación cambian las opiniones: a mayor edad más importancia se concede al tiempo disponible, lo que significa una oportunidad de realización personal, y a menor edad una visión más negativa de la misma, en la que parecen subyacer temores e incertidumbres. La liberación de obligaciones es la

opinión común más sólida que crece a medida que aumenta la edad, si bien subsiste una minoría (grupo de edad de 65-69) con una ética del trabajo a ultranza (hasta que el cuerpo aguante).

Se han encontrado diferencias en cuanto a las prioridades en la dedicación del tiempo libre. Así, a mayor edad más importancia se concede al tiempo dedicado a la familia, en lo que seguramente influyen las demandas de cuidados a personas en situación de dependencia y a los nietos, además de los apoyos a los hijos mayores de 25 años. Es el grupo de edad de 60-64 años el que da una mayor importancia al tiempo personal dedicado a actividades que benefician a la sociedad, lo que parece razonable ya que vienen a coincidir factores como un volumen importante de personas prejubiladas, un relativo buen estado de salud, la necesidad de actividad y ocupar el tiempo después de la jubilación, entre otros.

Hemos visto también que las actividades de ocio y formación son muy relevantes para toda la población estudiada, con muy escasas diferencias entre sí, si bien parece que no siempre encuentran lo que necesitan. Pero donde sí existen diferencias de matiz es en la finalidad que se busca al realizarlas. Así, las relaciones sociales, el sentirse útil, el entretenimiento, el aprender cosas nuevas y hacer voluntariado tienen un mayor peso en el tramo de edad de 50-54 que en el resto, lo que indica una propensión positiva hacia una participación social más activa que, de cristalizar, podría redundar en una extensión de la participación social en el ámbito del voluntariado cultural, cívico y social. Es destacable que todos los grupos de edad comparten una muy amplia opinión de que en las actividades que realicen haya personas de todas las edades.

Muy relacionado con los intercambios intergeneracionales está el valor que se concede a la experiencia acumulada, que es muy alta en el

conjunto de la población estudiada, lo que es condición que favorece el desarrollo de iniciativas dirigidas a la transmisión de esa experiencia a las nuevas generaciones, bien sea la laboral o de otros conocimientos adquiridos a lo largo de la vida. Por ello, proponemos que en las iniciativas que se emprendan relacionadas con el fomento de este tipo de actuaciones se tengan en cuenta esas positivas percepciones sobre el valor de la experiencia para fomentar su aprovechamiento y evitar así que la constatación de su falta de reconocimiento origine la devaluación de la misma.

Finalmente, hemos podido constatar que aunque en el último año el grupo de edad de 50-54 años ha realizado en menor medida actividades de voluntariado, tienen sin embargo mayor experiencia que todos los demás al haberlas realizado en el pasado. Pero incluso los que no han participado nunca en este tipo de actividades expresan en mayor medida que el resto estar interesados en hacerlo más adelante. Por tanto, mayor experiencia en el voluntariado y mayor interés hacia el futuro en la acción voluntaria parecen indicar en las personas más jóvenes una propensión positiva que podría suponer un avance en el desarrollo del voluntariado en el futuro mediato.

Aunque, en general, se comparten los mismos fines, las diferencias de grado de apoyo a los mismos los encontramos en los que se relacionan con la información y orientación ciudadana, la transmisión de conocimientos en general o relacionados con la ocupación anterior o el apoyo a la comunidad educativa y a las familias para disminuir el fracaso escolar, que llegan a superar hasta en 15 puntos la valoración de las personas de 50-55 años con respecto a las de 65-69.

Entre los objetivos del Año europeo del envejecimiento activo y la solidaridad entre las generaciones celebrado en 2012 figuraban la

sensibilización de la sociedad para que se aprecien en mayor medida las importantes contribuciones que las personas mayores realizan a sus familias y a la sociedad, así como el desarrollo de mayores esfuerzos para movilizar el potencial de estas personas en las diferentes dimensiones del envejecimiento activo.

Desde la Fundación Pilares para la Autonomía Personal hemos querido aportar algo más de conocimiento al acervo común en la línea de ayudar a favorecer el cumplimiento de esos dos objetivos de la UE. Por una parte, esperamos que la difusión de los resultados que ofrecemos en esta obra sirvan para que sean mejor conocidas y valoradas las importantes aportaciones que realiza el grupo de población que hemos estudiado.

Por otra parte, confiamos que la información y recomendaciones que aquí se contienen ayuden a responder las preguntas fundamentales que están planteadas en muchos ámbitos: cómo promover una participación más activa de las personas después de la jubilación una vez que las condiciones básicas de su existencia se están satisfaciendo relativamente en cuanto a ingresos, atención sanitaria, promoción del ocio y, en menor medida, servicios sociales; cómo activar la propensión hacia una mayor participación cívica que late tras muchas de las opiniones recogidas en nuestra encuesta y que pueden estar prefigurando tendencialmente las demandas del grupo de las personas mayores de mañana; qué cambios habría que incorporar en la oferta para ajustarla a esas expectativas; qué políticas de apoyo a la movilización del potencial de participación detectado cabe desarrollar.

